

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los dias 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes. —Cuesta en Madrid 5 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 52 rs. —En provincias 10 rs. por trimestre y 56 por un año. —Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Bailliére y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha. —Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo. —No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte. —Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

SUBSISTENCIAS.

BANDO DEL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA.

El ayuntamiento de Barcelona ha dictado un bando con motivo de la carestia de subsistencias, que merece una mencion y algunas reflexiones, porque es de lo mas notable que en el género absurdo se ha hecho en nuestro pais.

Para evitar la carestia del pan se le ha ocurrido, ¿que creerán nuestros lectores que se le ha ocurrido? LA TASA; porque la tasa es la prohibicion de aumentar el precio sin PERMISO del ayuntamiento, que habrá de pedirse además con *ocho dias* de anticipacion.

Dirán nuestros lectores que si esto se lleva á efecto y es fundada la carestia, ó darán los panaderos pan de peor calidad ó abandonarán su industria hasta mejores tiempos, porque nadie pierde con gusto su dinero.

Pero nuestros lectores cuentan sin la huésped, ó lo que es lo mismo sin el ayuntamiento de Barcelona, que ha tenido buen cuidado de atar todos los cabos.... esceptuando los que quedan sueltos.

Para salvar el primer inconveniente, ahí está el artículo 8.º que no deja nada que desear; para el segundo, los artículos 3.º y 4.º que prohíben al panadero abandonar, qué abandonar! encerrar en menores límites su industria, sin el permiso del ayuntamiento, so pena de no poder volver á ser panadero cuando esté el trigo barato.

Como complemento y coronacion de las sabias medidas anteriores están los artículos 2.º, 5.º, 6.º, 7.º y 9.º, con los cuales pueden echarse á dormir á pierna suelta los que necesiten comer pan en Barcelona, sin cuidarse poco ni mucho de la cuestion de subsistencias, que en tan buenas manos anda.

Descontentadizo y caviloso habrá de ser el que despues del bando ocupe su imaginacion con temores de escasez. Pues que ¿no sabe que los panaderos fabricarán diariamente la *cantidad necesaria* para el consumo habitual de sus parroquianos? No sabe que tendrán siempre depósitos para el consumo de quince dias? No sabe que no puede subir el precio del pan sin permiso del ayuntamiento, y que aunque este lo diese, tendrá ocho dias el consumidor para irse acostumbrando á tan desagradable cambio, y en caso necesario, para irse con la música á otra parte? No sabe que todos los

5 de Setiembre de 1856.

panaderos, en el término de un mes tendrán; ¡medida salvadora! un torno y demas útiles necesarios para cerner la harina, conforme los tenían antiguamente?

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre lo del torno, porque en el torno está el *quid* de la dificultad. El ayuntamiento de Barcelona ha averiguado que el origen del encarecimiento de las subsistencias está en la *division del trabajo*, que á su vez ha ocasionado que muchos panaderos no tengan tornos para cerner la harina. Y en esto solo está porque, segun el ayuntamiento, hay gran abundancia de trigo en Barcelona, y solo las harinas de Santander andan un poco escasas.

No faltará quien diga que muchas veces, aunque sean abundantes los acopios, puede haber fundados motivos de carestia, porque no basten sin embargo hasta la nueva cosecha y no se sepa como reponerlos; asegurando ademas, que en ese caso la carestia es un bien, porque impide que se consuman los acopios con rapidez escesiva, que ocasiona al fin la falta casi absoluta de subsistencias.

No faltará quien diga tambien que algo debe haber de eso, cuando existe esa tendencia general á la alza en el precio de los granos, que no es especial de Barcelona, puesto que se observa en todos los mercados.

No faltará quien diga que á pesar del bando podrán morir de hambre los barceloneses, si los que tienen trigo en Barcelona dan en la mania de llevárselo á otra parte donde se lo dejen vender al precio que quieran; con otras muchas cosas que pueden decirse y saben nuestros lectores.

Pero los que de ese modo piensan no merecen que se haga caso de ellos, porque no tienen de su parte mas que el buen sentido y la esperiencia, que han probado hasta la saciedad que las autoridades son infinitamente menos aptas que los particulares para disminuir los desastrosos efectos de la escasez; y que la escasez ha llegado á ser *hambre* siempre que se han dictado bandos semejantes al novísimo del ayuntamiento de Barcelona.

Para edificacion de nuestros lectores y enseñanza de los demas ayuntamientos de España, ahí va el curiosísimo documento que ha dado origen á las anteriores líneas.

BANDO.

Artículo 1.º Se declara subsistente en toda su fuerza y vigor la prohibicion de aumentar el precio del pan sin el competente permiso del cuerpo municipal, que deberá obtenerse con ocho dias de anticipacion.

Art. 2.º Toda mancomunacion para el aumento de precio de pan será castigada con arreglo al Código penal.

Art. 3.º Ningun panadero podrá cerrar su establecimiento ni dejar de elaborar la cantidad necesaria de pan para el consumo habitual de sus parroquianos, segun las relaciones que haya presentado, ó deberá presentar (si no lo hubiere hecho) dentro del término de dos dias, sin dar previo aviso al cuerpo municipal con ocho dias de anticipacion.

Art. 4.º El panadero que sin este requisito cerrase su establecimiento, no podrá abrirlo de nuevo sin eumplir todas las condiciones que le imponga el cuerpo municipal con arreglo á las leyes.

Art. 5.º Todo panadero tendrá obligacion de tener un depósito de trigos ó harinas suficiente para el consumo de sus parroquianos durante quince dias.

Art. 6.º Dentro del término de un mes de la fecha de este bando, todo panadero que quiera continuar fabricando pan tendrá obligacion de haberse provisto de un torno y demas útiles necesarios para cerner la harina conforme los tenían anti-

guamente; cuya obligacion se entenderá cumplida por los panaderos que colectivamente y por cuenta común se proveyeren de torno ó tornos suficientes para su consumo.

Art. 7.º Los contraventores á los dos artículos precedentes serán obligados á cerrar sus establecimientos.

Art. 8.º Los espendedores de pan deberán tener á la vista del público una tablilla en que, en letra clara y legible, se espresen los precios del pan de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase con los números de los panaderos que lo han fabricado, por ejemplo:

Pan de 1.ª clase, núm. 24, á cuartos libra.

Pan de 2.ª » núm. 58, á cuartos libra.

Pan de 3.ª » núm. 73, á cuartos libra.

Art. 9.º Los contraventores á lo prevenido en este bando serán castigados con arreglo á la legislacion vigente, segun la gravedad de la falta.

Y para que nadie pueda alegar ignorancia, fijese el presente bando en los parajes públicos y de costumbre de esta capital.

REMITIDO.

Sres. Director y redactores del ECONOMISTA.

Muy señores nuestros: Con particular atencion hemos leído las notas que se han servido estampar al publicar nuestro artículo, contestando al del señor Ferrer y Vidal, fabricante de algodones de Cataluña. Sentimos que la estension de las doctrinas que VV. profesan en materia de libre cambio nos separen tan desmesuradamente del objeto al que en pos caminamos: *«la libertad de comercio para España.»* Permitannos algunas esplicaciones para llegar á entendernos. Bastará para conseguirlo decir á VV. que ni ahora ni antes hemos abordado la cuestion en el sentido lato que VV. la sostienen y esta sola circunstancia esplica las contradicciones que juzgan haber encontrado en nuestro escrito, hasta ponernos de parte de los mismos principios que combatimos.

Decididos únicamente á demostrar las exigencias estra-legales para sostener el monopolio de los algodones, hemos procurado no salir de este círculo, entrando en apreciaciones estadísticas que han dado el resultado que nos habíamos propuesto; *justificar la reforma de los aranceles en armonia con los intereses de la fabricacion.* Una discusion que giraba sobre este punto no podia hacerse de otro modo que entrando en apreciaciones minuciosas sobre el *coste* de las manufacturas y su *valor* en venta; y preciso era que exigiéndose por los catalanes el usufructo del monopolio y defendiendo nosotros los intereses de los consumidores, nos acogiéramos á las respectivas banderas, declarando nuestros adversarios la necesidad del principio restrictivo y nosotros la equidad y justicia de una *prudente* libertad de comercio, la que en nuestro humilde juicio puede hacer la felicidad del pais, atendida la constitucion, los derechos y las necesidades de la sociedad moderna.

VV. mismos con sus argumentos vienen á corroborar la razon de nuestro aserto. Hasta ahora han defendido en su palabra mas lata la libertad de comercio, pero sin indicar el modo ó manera como habrian de cubrirse las atenciones del Estado. Si VV. señores redactores dan esplicaciones que satisfagan este extremo, admitiremos los principios radicales que defienden, y en adelante militaremos á la sombra de su bandera, hasta

verlos aplicados en nuestra querida patria; pero mientras tenemos derecho para decir que el exclusivismo de sus mismos principios los tiene en un error que retrasa mas bien que adelanta, si fuera posible, la causa que defienden. Y hé aqui la razon porque desde la aparicion del *Economista* sus tendencias son á desauciar á las industrias del elemento de proteccion que se las dispensa; pero como esta radica en el derecho impuesto á sus similares á la introduccion en el reino, seria conveniente alguna explicacion porque las aduanas serán siempre para el *Economista* un inconveniente de difícil vencimiento para la libertad de comercio que proclama, puesto que á ellas están sujetas las operaciones mercantiles, importando poco que se suprima la parte por proteccion si hay que aumentar el derecho fiscal para cubrir los valores de la Renta.

Otra observacion, señores redactores. Dando por hecho la desaparicion de las aduanas ¿Encontrariamos naciones que quisieran cambiar sus artefactos por nuestros productos agricolas, únicos con que se pudiera intentar el cambio? ¿Tienen VV. la seguridad que Inglaterra renunciaria á la renta de sus líquidos, y que Francia seguiria su ejemplo por la libertad de cambios entre sus productos y los nuestros? Confiar en una avenencia de esta naturaleza es sustentar esperanzas que no hay fundamento en que cifrarlas. ¿Pues qué señores redactores, la historia del mundo económico no ha girado en todos tiempos desde los mas remotos hasta los mas modernos dentro de los principios de una *prudente* libertad de comercio, protectora de las industrias, hasta enlazarlas con los elementos de riqueza que cada pueblo tiene? ¿Porque sostengamos este axioma, merecemos la amarga censura del *Economista* hasta el punto de considerarnos en materia de principios mercantiles de peor condicion que nuestros adversarios? Pues qué, sin llegar al desborde de las doctrinas de libre cambio absoluto y sin estacionarse en el círculo vicioso del sistema restrictivo, no es lo mas prudente huir de los principios extremos y adoptar un *término medio* que esté en concordancia con los intereses generales del país y con los de aquellas naciones que se hermanen á nosotros conservando reciprocas ventajas mercantiles? Bajo la impresion de estos principios hemos dicho libertad de comercio, hasta un punto que reduzca á sus justos limites la ambicion de los fabricantes de Cataluña, dando al pueblo ropas baratas; al comercio nuevos elementos de multiplicar las transacciones; á la sociedad la moralidad de que carece y al Estado las inmensas sumas que absorbe el contrabando.

Despues de la anterior réplica cumple hacernos cargo para contestar el modo singular con que comprende el *Economista* las razones de conveniencia cuando una de las partes *compra* y la otra *vende*. Recuérdese que al establecer paralelo entre los resultados que á Francia é Inglaterra daba su industria algodonera y el que resultaba á España con la que se trabaja en Cataluña dijimos; que si bien las dos naciones citadas sacaban de su país sumas considerables para el algodón en rama lo resarcian superabundantemente con las ventas de manufacturas en mercados extranjeros, mientras que Cataluña comprando á los Estados-Unidos el algodón en rama, exportaba 110 millones anualmente empobreciendo al país puesto que no resarcia el grave perjuicio que causaba. Esta regla de proporcion y cálculo que no la han rechazado ni aun los mismos interesados, sirve al *Economista* para argüirnos con un dilema económico que vamos á contestar con otro de inverso sentido. «Siempre que se compra resultan iguales ventajas para ambas partes.» Esta es la teoria libre cambista neta del *Economista*, des-

prendiéndose de ella que una nacion que tuviera 1000 millones de reales en circulacion y cada año estraiga al mercado extranjero 100 millones para comprar manufacturas ú otros artículos, despues de 10 años no habrá consumido los 1000 millones sino que habrá multiplicado el capital por el solo hecho de haber cambiado el dinero por artefactos. De cuya singular doctrina se deduce que un particular que tenga grande hacienda, nunca la verá consumida por mas que la destruya, porque por último habrá *comprado* sin cuidarse de *vender* los productos de ella. Vean pues los señores del *Economista* como apesar de su opinion la compra de algodones hecha á los Estados-Unidos sin *revancha*, causa efectos desastrosos al capital circulante de España, que si este no contára para acrecerlo con otros medios que el de la industria catalana, vendríamos á parar despues de un determinado número de años en el caso que hemos aducido.

Si en nuestros artículos hemos clasificado las que concurren á la formacion de un objeto con el nombre de primeras materias, es porque igual denominacion le dá la ciencia; tal vez esté mal aplicada, pero no por eso dejará el *Economista* de reconocer que hemos mentido por boca de muchos escritores de su escuela, que se sirven de esta palabra; por lo demás ya sabiamos que las primeras materias no vienen al mundo formadas, porque para establecer todo cuerpo sólido tiene que intervenir la mano del hombre desde que lo planta hasta que lo estraie de la tierra, siendo por lo tanto regidos por los mismos principios que los de la industria algodонера.

Hemos escrito mucho mas de lo que nos habiamos propuesto, pero necesario ha sido para sincerarnos de los cargos que con su bien cortada pluma nos ha dirigido el *Economista*, y vamos á concluir manifestando que nuestro fin no es combatir á la industria catalana, sino *al elemento de monopolio que la domina*, con lo que á la vez consignamos que no somos partidarios del libre cambio absoluto, ni prohibicionistas cerrados: que el lema de nuestra bandera es y será siempre proteccion *conveniente* á la industria nacional, y bajo de este adjetivo, nada de prohibiciones absolutas, nada de comercio libre.

Vamos á contestar tan brevemente como nos sea posible al remitido que antecede á estas líneas.

Su autor es un defensor sincero del *término medio* entre los principios de los proteccionistas y el *desborde* de la libertad de comercio, que nosotros defendemos. Para él el *non plus ultra* de la perfeccion es una proteccion *conveniente*. Lástima que no nos diga cuál es el límite de la *conveniencia* en las teorías proteccionistas, y qué principios ha tenido presentes para el descubrimiento de esa nueva piedra filosofal. Pero vamos al asunto.

Dícenos el autor del remitido que defiende la *libertad de comercio para España*, pero no en el sentido *lato* que le damos nosotros, porque él solo desea la *equidad* y la *justicia* de una *prudente libertad* contra lo que desean nuestros comunes adversarios, partidarios del *sistema restrictivo*. Nos hace un cargo despues, porque defendiendo la *libertad de comercio*, no indicamos *cómo habrian de cubrirse las*

cargas del Estado, solicitando esplicaciones, y ofreciendo, si estas esplicaciones le satisfacen, convertirse por completo á nuestras ideas.

No creia EL ECONOMISTA que necesitara el autor del artículo semejantes esplicaciones, porque suponíamos que antes de juzgar la teoría que defendemos, se habria tomado la molestia de hojear las páginas de nuestra publicacion. Bastaria, por consiguiente, recomendarle su lectura para satisfacer su deseo; pero con objeto de hacer por nuestra parte cuanto posible sea para convencerle, vamos á repetir aqui algo de lo que en otras ocasiones hemos dicho.

En el número 2.º (pág. 21) del ECONOMISTA decíamos, ocupándonos de la reforma de aranceles:

«Como nuestro objeto no es ahora investigar cuál es el mejor sistema tributario, y por otra parte no dejaria de tener en la actualidad graves inconvenientes privar al Tesoro de sus rendimientos ordinarios, no nos ocuparemos de la existencia de las aduanas bajo este punto de vista; *ademas de que por la aduana puramente fiscal no se menoscaba el principio de la libertad de los cambios en lo mas minimo, como no se menoscaba el principio de propiedad por las demas contribuciones que sobre ella pesan.*»

Nosotros, al proclamar el principio de la *libertad de comercio*, no nos ocupamos de las contribuciones que sobre el comercio pueden pesar con un objeto *puramente fiscal*, como al proclamar el principio de *propiedad*, prescindimos de las contribuciones que sobre ella directamente puedan establecerse con el mismo objeto. El principio de la *libertad* en el primer caso queda incólume, como en el segundo el principio de *propiedad*.

Y observe el autor del remitido la inmensa distancia, el completo antagonismo que existe entre el principio protector y el principio libre-cambista; antagonismo que hace imposible todo término medio racional. El principio de la proteccion nos dice que es preciso *impedir los cambios con los extranjeros*; el principio de la libertad aconseja por el contrario que se faciliten todo lo posible esos cambios. El resultado de la proteccion es enriquecer por el pronto á los que se dedican á ciertas industrias, empobreciendo á todos los demas. El resultado de la libertad comercial es el aumento de la riqueza y del bienestar de todos. En el primer sistema hay ciudadanos *privilegiados*, que explotan un monopolio, nunca calificado con bastante dureza; en el segundo, todos los ciudadanos tienen iguales derechos. ¿Cabe término medio entre estas dos doctrinas? No lo vemos, ni nadie ha dicho jamas cual sea, incluso el autor del remitido.

Para acabar de deshacer los escrúpulos del articulista, haremos otra observacion. El derecho puramente *fiscal* no se establece con objeto de poner obstáculos al cambio, ni estando bien establecido puede ser tal su resultado. El derecho fiscal tiene por objeto la remuneracion de los servicios que prestan á los ciudadanos las instituciones que componen el Gobierno; servicios reales, que no pueden obtenerse gratuitamente, y que son *necesarios* para que el comercio sea posible. El comerciante que paga el importe de un derecho fiscal,

no hace otra cosa que pagar la seguridad que disfruta para la conduccion y venta de sus mercancías; las obras del puerto á que aborda fácilmente con ellas, el faro que las salva de un naufragio, el camino por donde despues las lleva al mercado. El derecho protector no es asi; el derecho protector no deja entrar la mercancia, ó la deja entrar en número insignificante; no paga ningun servicio otorgado al comercio, ni es provechoso para el fisco; no hace otra cosa que poner unos ciudadanos á merced de otros ciudadanos, con el pretesto de defender la industria nacional de la competencia extranjera. El arancel fiscal no es opuesto á los cambios; por el contrario los desea y los promueve para que puedan rendir mayores sumas al Estado; el arancel protector es enemigo irreconciliable del comercio.

Este paralelo, cuya exactitud creemos que no combatirá el autor del remitido, debe bastar para hacerle comprender que no hay contradiccion entre el principio de la libertad absoluta de comercio, y la aduana como *instrumento puramente fiscal*. Sin ocuparnos aqui, porque no hace al caso, de cuál es la *forma* del impuesto, que con mas justicia é igualdad reparte las cargas públicas entre los ciudadanos, podemos por consiguiente combatir sin reserva ni restriccion alguna el principio protector, que *nunca* puede ser *conveniente* ni *prudente*, ni *racional*, ni *justo*, sea cualquiera la forma en que se establezca; porque siempre ha de quitar á unos para dar á otros, acabando por disminuir á la larga la riqueza de todos

Si como dice el autor del remitido no tuviese otro escrúpulo que el que hemos tratado de desvanecer en las anteriores líneas para acogerse á la sombra de nuestra bandera, bien podria por lo tanto pasarse al lado de los defensores de la libertad comercial con armas y bagajes.

Pero no creemos que tal haga en vista del resto de su artículo, donde hay todavia otros errores que le acercan mas á nuestros adversarios que á los libre-cambistas.

Dice el autor del remitido que poco importa que se suprima del arancel la parte que corresponde á la proteccion, si hay que aumentar el derecho fiscal para cubrir los valores de la Renta.

La sola suposicion de que esto pueda suceder es un error grave, gravísimo, que no sabemos como ha podido ser acogido por persona tan ilustrada como el articulista. Para contestarle, nos permitiremos de nuevo copiar algunas líneas del artículo del ECONOMISTA antes citado (pág. 22).

«A medida que los derechos de importacion disminuyen, las entradas van aumentando hasta llegar á su máximo cuando los derechos son nulos; los rendimientos van creciendo tambien, pero llegan á su importe máximo antes que el número de entradas, volviendo desde este máximo á decrecer, para ser completamente nulos, cuando los derechos son cero.»

«De aqui resulta que los rendimientos de la aduana en cada época no pueden pasar de cierto limite y que cuando la suma que se necesite sea menor que este

límite, aquella podrá obtenerse con dos derechos distintos, que serán el uno mayor y el otro menor que el correspondiente al rendimiento máximo, etc.»

Si el autor del remitido admite, como no puede menos de admitir con su buen juicio los principios citados, bastará para ponernos por completo de acuerdo en este punto que convengamos en que el arancel que dará el rendimiento máximo, es menor que el actual arancel protector. Ahora bien, cree el articulista que una rebaja en los aranceles no produciría un aumento de ingresos? ¿Hay quien pueda poner esto en duda? Si el arancel protector, para cumplir con su objeto, ha de oponerse á la competencia extranjera, ó lo que es lo mismo, ha de imposibilitar el cambio con los extranjeros, ¿puede ocurrirse á nadie que el interés fiscal, que ante todo *necesita cambios*, porque sin ellos no hay adeudos, exija un arancel mas alto? ¿No se han comparado mil veces los exigüos rendimientos de nuestras aduanas con los considerables de otros países de menor población, donde los derechos son menores? ¿No vemos lo que está sucediendo en los Estados-Unidos, donde cada rebaja ocasiona un notable aumento en los rendimientos? ¿No sabemos cuál ha sido el resultado de las reformas hechas en los aranceles de Inglaterra? En pequeña escala, ¿no han presentado los mismos efectos en España las reformas que se han hecho?

El interés fiscal ilustrado ha establecido y establecerá siempre en todas partes derechos infinitamente menores que los que se han establecido con el objeto de proteger la industria, porque la razón dice y la experiencia ha confirmado repetidas veces, que el *mayor número de objetos introducidos puede y debe compensar la disminución del derecho*, hasta un límite muy inferior á los aranceles actuales. No debe, pues, tener cuidado el autor del artículo por el fisco ni por el comercio, si se abandona por completo, *de un modo absoluto*, el sistema protector. El fisco y el comercio ganarán en ello. Y esto lo saben y lo reconocen también como el que mas los proteccionistas; si así no fuera, no tendrían inconveniente en abandonar su bandera, porque ninguna ventaja hallarían en seguirla defendiendo.

Dícenos después el articulista: «Si desaparecen las aduanas, ¿encontraremos naciones que quieran cambiar sus artefactos por nuestros productos agrícolas, únicos con que se pudiera intentar el cambio?» Indudablemente que sí, puesto que ahora, los cambian á pesar de estar el comercio en condiciones mucho peores.

Abriendo un nuevo mercado á sus productos traerán mas á España, y trayendo mas, deben llevarse mas de nuestro país. Si con derechos altos hacemos algunos cambios con las naciones extranjeras, ¿cómo no los hemos de hacer con derechos pequeños? Nos contestará el articulista que los cambios pueden hacerse llevándose el dinero de España, puesto que indica esa idea en el resto de su escrito y sabemos por el otro que de su cosecha hemos publicado que cree en la balanza mercantil. Pero como los cambios se hacen

siempre entre productos ó servicios, y el dinero no es otra cosa que un intermediario; como luego que saliera cierta cantidad de numerario habria ventaja para los extranjeros en volvérnoslo á traer, por el aumento de precio que tendria en el pais, en cambio de nuestros productos agrícolas ó manufactureros, la objecion no merece la pena de rebatirse. Cualquiera que conoce el comercio sabe ademas el poco uso que se hace del numerario para los cambios á cierta distancia, como sabe lo poco que importa la cantidad de numerario para la facilidad de las transacciones y el bienestar de un pais. Inglaterra y los Estados-Unidos, la misma Francia, poseen una cantidad de numerario mucho menor proporcionalmente que nosotros, y sin embargo, las transacciones son en esos paises infinitamente mas activas, y los individuos se proveen mas fácilmente de los objetos que exigen sus necesidades. ¿Qué interés tienen en llevárnos el numerario? Lo que querrán de nosotros serán *productos*. Ahora, si el autor del artículo supone que el suelo de España y las facultades de sus habitantes no han de lograr producir *algo* que deseen adquirir los extranjeros, lo que sucederá es que no habrá cambios, y si no ha de haber cambios, poco debe importarle la reduccion ni aun la supresion completa de los aranceles.

Nosotros creemos, por el contrario, que habrá siempre muchísimas cosas en España que quieran los extranjeros, y mas con la libertad comercial que sin ella. Creemos tambien que es siempre ventajosa para un pais la abolicion de los derechos protectores, aunque los demas insistan en sostenerlos.

Pero hay otra circunstancia, y es que cuando una nacion da libre entrada á los productos de otra, esta se ve conducida de un modo irresistible á admitir los de la primera. Abriendo, por ejemplo, á Inglaterra el mercado español para los productos de la industria algodonera, aumentarían las ganancias de los fabricantes por la mayor salida, y los capitales se dedicarían á ella, abandonando otras industrias en que están empleados ahora. ¿Y qué industrias serían abandonadas? Aquellas que tienen similares en España con mejores condiciones para la producción, porque el comercio, en cambio de los algodones, preferiria estos productos de nuestro pais, que son los que mejor salida tendrían en el suyo, y el interés de conservar la proteccion para las industrias abandonadas iria desapareciendo, y poco á poco se estableceria la *reciprocidad* que el articulista desea y el sistema definitivo y *natural* de cambios que puede y debe haber entre Inglaterra y nuestro pais (a).

Nos pregunta el autor del remitido: «¿Pues qué, señores redactores, la historia del mundo económico no ha girado en todos

(a) Recomendamos al articulista el diálogo de Mr. Brown que publicamos en este número.

tiempos, desde los mas remotos hasta los mas modernos, dentro de los principios de una *prudente* libertad de comercio *protectora de las industrias*, hasta enlazarlas con los elementos de riqueza que cada pueblo tiene?» A esta pregunta, como al resto del párrafo que nos ocupa, es absolutamente imposible contestar, como no sea preguntándole á nuestra vez: 1.º Qué entiende por libertad de comercio *protectora de las industrias*. 2.º En qué señales se distingue la libertad *prudente* de la libertad sin adjetivo que nosotros defendemos. 3.ºCuál es la receta para hallar el *término medio* entre el *desborde* del libre-cambio absoluto y el círculo vicioso del sistema restrictivo. 4.º Dónde estan los justos límites de la ambicion de los fabricantes de Cataluña. 5.º Hasta qué punto se debe procurar que tenga ropas baratas el pueblo. Luego que el autor del remitido nos conteste categóricamente á estas preguntas, nos será posible comprenderle; hasta entonces no nos es fácil. ¿Y cómo nos ha de ser fácil, cuando no sabemos lo que quiere decir *libertad de comercio protectora de las industrias* (dando á la palabra *protectora* el sentido que le da la secta proteccionista); cuando no conocemos la fórmula para determinar la cifra del arancel de la *libertad-proteccionista-prudente*; cuando nuestra pobre inteligencia no nos ha dejado ver todavia en ninguna parte *término medio* entre la verdad y el error, entre la justicia y la injusticia; cuando no concebimos que haya límites justos á la ambicion de cada hombre mas allá de los que le fijan sus facultades y sus medios, escedidos *siempre* que hay *proteccion*, porque la proteccion aumenta los medios del *protegido* con lo que quita á los demas; cuando creemos que el pueblo tiene derecho á comprar las ropas, como todos los objetos que necesita, al precio mas bajo á que pueda encontrarlos, *fuera ó dentro* del pais, en Inglaterra ó en España?

Insiste despues el autor del remitido en el error de la balanza mercantil, que combatimos en las notas á su anterior artículo. Al contestarnos, supone que hemos sentado un principio que no nos ha pasado por la imaginacion. No hemos dicho *que siempre que se compra resulten iguales ventajas para ambas partes*. Dijimos y sostenemos que en los cambios, cuando se hacen libremente, ganan las dos partes contratantes; pero no que ganen *lo mismo*. Y esto sucede en los cambios entre naciones como entre individuos, porque el comercio internacional no es otra cosa que la coleccion ó *suma* de cambios individuales que directamente ó por intermediarios se hacen entre individuos de dos naciones diferentes. ¿Por qué se lleva á cabo una transaccion, cuando son libres de hacerla ó no dos individuos? Porque cada uno de ellos halla ventaja en el cambio. ¿Y como puede concebirse que la suma de muchas ventajas individuales ocasione una pérdida al pais?

El autor del remitido incurre en este error, porque profesa sobre el numerario las mismas ideas que si fuera un economista del

siglo XVII; considerándolo como el objeto, cuando no es otra cosa que el *intermedio* para los cambios. Luego nos presenta un ejemplo, que seria exactísimo si no hubiera olvidado en él una cosa, que seguramente le habrá parecido insignificante. Ha olvidado que las naciones *trabajan*, y que lo que dan en cambio de lo que compran, lleve ó no la forma de moneda, son los *productos* de su trabajo. Si se supone que todos los *individuos* de un pais son tan estúpidos que renuncien por completo á su actividad consumiendo lo que tienen, sin cuidar de reponerlo, tiene el articulista razon; pero como cada individuo, ó por lo menos la inmensa mayoría, no compra *con el capital*, sino con los rendimientos que ese capital le dá, secundado por su trabajo, y como las compras que se hacen á los extranjeros son *ESCLUSIVA* consecuencia de las compras individuales, resulta que no irá á los extranjeros el *capital* del pais, como no irá al sastre ó al zapatero mi capital, porque reduciré mi consumo, cuando vea que sus cuentas de gastos esceden á lo que me permiten dedicar á esas necesidades los beneficios anuales que saco de mi capital y de mi trabajo.

Ademas, si el ejemplo del autor del remitido fuera posible, la pérdida de nuestro capital seria consecuencia y castigo merecido de nuestra pereza, y no culpa de la libertad de comercio, que aun en ese caso irrealizable seria beneficiosa. En efecto, si nos propusiéramos todos los españoles consumir cuanto en el dia poseemos, sin trabajar para reponerlo, todavia con la libertad podriamos vivir muchos mas años que con la restriccion, porque compraríamos á menor precio lo que necesitaríamos y nuestros bienes tardarian mas tiempo en desaparecer.

El ejemplo citado es absurdo, pues, é imposible en el fondo; pero tiene ademas otros lunares en sus detalles. Segun nos lo presenta el autor del remitido, se deduce de él que en su opinion solo el dinero es capital, no mereciendo este nombre los artefactos. Pero cuando se quiere emplear el dinero como capital, ¿se hace otra cosa que cambiarlo por artefactos apropiados á la produccion que se desea? ¿Se emplea acaso el dinero en la forma de onzas de oro en la produccion? El fabricante catalan, al comprar algodón en rama en los Estados-Unidos pagándolo con numerario, no hace salir del pais *capital*; lo que hace es dar á su capital la forma que conviene á la produccion á que se dedica. El algodón es *capital* para la fabricacion algodónera, y á menos de suponer que el algodón no nos sirve de nada, no concebimos cómo pueda decirse que los anglo-americanos nos llevan el dinero *sin revancha*. En el número anterior preguntábamos al articulista, si creia que nos debian dar el algodón de balde. La misma pregunta le repetimos hoy (a). Convenimos con él

(a) Hay ademas una gran exageracion en sus cifras como puede verse por el siguiente resumen de nuestro comercio *directo* con los Estados-Unidos.

en que no deberíamos cambiar nuestros productos por un capital *algodon* que luego no sabemos utilizar tan bien como otras naciones, que nos dan los productos de esta industria á menor precio, pero este inconveniente es culpa del sistema protector, y en la libertad de comercio, y solo en ella, se encuentra el oportuno remedio.

Mucho nos alegramos de que el articulista convenga con nosotros en que las que generalmente se llaman *primeras materias*, son producto de la industria del hombre y están regidas por las mismas leyes económicas que todos los demas. Pero entonces, ¿por qué hace diferencia entre ellas y los productos *manufacturados*?

Terminaremos esta demasiado larga contestacion insistiendo con el autor del remitido para que nos diga de una manera clara y determinada cuáles son sus doctrinas. No basta decir: «estoy entre el libre cambio absoluto y la prohibicion absoluta; quiero una proteccion *conveniente*.» Esto es ininteligible por demasiado vago. Si quiere convertirnos al *término medio*, diganos cual es ese *término medio*. Hasta entonces lo consideraremos como entre nuestros adversarios, aunque haciéndole la justicia de creerlo proteccionista de *buena fé*.

	IMPORTACION.	ESPORTACION.	DIFERENCIA.
	Rs. vn.	Rs. vn.	Rs. vn.
1849.	61 256 417	26 025 782	55 202 655
1850.	85 210 194	24 086 202	61 123 992
1851.	80 696 226	26 079 520	54 616 706
1852.	86 835 322	28 017 760	58 817 562
1853.	86 097 015	59 541 740	26 655 275
1854.	111 723 886	57 312 251	54 411 655

En la importacion total, el algodon en rama figura por las sumas siguientes:

1849.	54 594 620	1852.	80 415 000
1850.	71 571 750	1853.	80 081 250
1851.	73 597 250	1854.	81 722 250

Segun las doctrinas del articulista, España ha dado *sin revancha*; ha perdido en su comercio con los Estados-Unidos en los últimos seis años 289 millones de reales próximamente. Gracias á que hemos sido tan *listos* que en compensacion hemos engañado á Inglaterra, cogiéndole *sin revancha* una cantidad mucho mayor; como que en solo el año 1854 le hemos *ganado* 146 millones de reales. Asi es, que para que no salga el numerario del pais, podemos dar á los anglo-americanos letras sobre Inglaterra, que convertimos de ese modo en nuestro banquero. Quien hubiera creído que fuera tan inocente la *pérfida Albion*. ¡Dejarse engañar por los españoles! La providencia le ha cerrado seguramente los ojos en sus transacciones con España, en castigo de haber querido destruir la industria nacional.... de los fabricantes de Cataluña, *inundando* nuestro pobre pais con productos *baratos*, que sin duda alguna habrian arruinado á los consumidores, que disfrutaban ahora de la inefable delicia de comprarlos á doble precio en Cataluña, donde tienen ademas la ventaja de ser de peor calidad.

DIALOGO ENTRE UN FRANCES Y UN CHINO.

EL FRANCES.—Como tolerais que John Bull (a) introduzca en vuestro pais los productos de su industria, pagando solo un mezquino derecho de 5 por 100 *ad valorem*, mientras que grava el té con un derecho de 100 por 100?

EL CHINO.—Porque creemos que nos conviene.

EL FRANCES.—¿Qué os conviene! Faltando la reciprocidad que debe establecerse para....

EL CHINO.—¿Y qué me importa? Porque *Jonh Bull* esté loco ¿hemos de imitar su locura?

EL FRANCES.—Loco John Bull! No os entiendo.

EL CHINO.—Pues es bien claro. Si imponemos un derecho de 100 por 100 sobre sus productos, nos costarán doble, y nos perjudicaremos lastimosamente.

EL FRANCES.—La observacion parece en efecto razonable.

EL CHINO.—Ademas obtenemos otra ventaja. Si con un arancel moderado podemos comprar á los ingleses dos veces mas mercancías que con el de 100 por 100 ¿no es evidente que tienen que llevarnos doble cantidad de té, para remunerarse de lo que nos traen, y que la duplicacion del pedido, aumentará el valor de los tés? De ese modo les damos *menos* de nuestros productos en cambio de los suyos, y todo marcha perfectamente.

EL FRANCES.—Pero olvidais que en un derecho elevado hallarian una enérgica proteccion vuestras manufacturas.

EL CHINO.—Es que nosotros creemos detestable el sistema de hacer producir á una nacion por la fuerza aquellos artículos que con mas ventaja puede obtener fuera. En nuestra opinion, un pais solo debe producir los objetos para que tiene mejores condiciones que los extranjeros, y comprar á estos todos los demas.

EL FRANCES.—Suponed que las otras naciones no quieran cambiar con vosotros.

EL CHINO.—Ellas y nosotros perderemos entonces: tendremos que fabricar á precio elevado las mercancías que comprábamos por menor precio fuera del pais, pero nos quedará el consuelo de no haber tenido la culpa.

EL FRANCES.—Suponed que John Bull os pida oro en vez de té por sus mercancías.

EL CHINO.—No por eso será menos cierto que con un arancel moderado le podemos comprar doble número de mercancías que con el de 100 por 100.

EL FRANCES.—Sí, pero dejando salir el numerario del pais, os arruinareis,

EL CHINO.—Preciso es que me deshaga del dinero, si quiero comprar las mercancías que necesito; porque no puedo comer, ni beber, ni vestirme con oro.

EL FRANCES.—Observad que John Bull, que es muy sábio, no quiere deshacerse de su oro, y asegura que la salida del numerario lo empobreceria.

EL CHINO.—Preguntad á John Bull como adquiere el oro, que no produce por cierto en su casa. ¿No lo compra á los extranjeros dando en cam-

(a) El pueblo inglés.

bio los productos de su suelo y de su industria? No lo importa y lo esporta, segun que con una ú otra operacion cree realizar un beneficio? ¿Acaso el comercio del oro lo empobrece?

EL FRANCÉS.—No. Hasta ahora teneis razon. Pero decidme, ¿no disminuyen el consumo del té en Inglaterra los altos derechos que paga á su entrada esta mercancia?

EL CHINO.—Seguramente, y con gran perjuicio de los rendimientos del Estado y del bienestar del pueblo; pero nosotros no podemos corregir ese mal, porque es muy difícil convertir á los locos en cuerdos.

EL FRANCÉS.—Aumentad los derechos y obligareis á John Bull á disminuir los suyos.

EL CHINO.—John Bull es muy terco y no queremos sacarnos dos ojos, por sacarle uno.

EL FRANCÉS.—Por mas que me digais, siempre veré en vuestros cambios con Inglaterra un negocio en que no se equilibran las ganancias de los dos contratantes.

EL CHINO.—En horabuena; pero el platillo se inclina hácia nuestro lado.

EL FRANCÉS.—¿Y cómo puede pagaros John Bull la diferencia?

EL CHINO.—No confundamos. La balanza de las cuentas es una cosa distinta de la balanza de las ventajas. En materia de cuentas hay siempre equilibrio en los cambios entre dos naciones. El fisco ó la proteccion pueden poner entorpecimientos á los negocios en una y otra, pero los cambios deben equilibrarse, directa ó indirectamente; los negociantes no dan sin remuneracion sus mercancías.

EL FRANCÉS.—Si no me engaño, lo que quereis decir es que las naciones obran lo mismo que los individuos en materia de comercio; cada una da en cambio de la mercancia que mas necesita, otra mercancia que le es menos necesaria; y por este medio las dos partes contratantes sacan ventaja y se enriquecen.

EL CHINO.—Ciertamente; y cuanto mayor es la estension de los cambios, mas ventajas se obtienen.

EL FRANCÉS.—De modo que no creéis que pueda existir una *balanza mercantil* entre dos naciones que comercian entre sí?

EL CHINO.—Una de las naciones podrá deber alguna cosa á la otra durante cierto tiempo, como sucede entre negociantes; pero no puede subsistir una balanza como vosotros la entendeis, de una manera permanente; á menos, por ejemplo, que John Bull preste dinero á Jonatham (b) y este se niegue á devolverlo; único caso en que una nacion pierde y la otra gana.

EL FRANCÉS.—Veo que los chinos sois mas astutos que lo que yo me figuraba. Pero decidme, ¿permitirias á vuestro emperador que impusiera un derecho de introduccion sobre el arroz, para complacer á los propietarios de arrozales?

EL CHINO.—Nuestro sublime emperador sabe perfectamente que no debe condenar al pueblo á morir de hambre, para aumentar las ganancias de algunos individuos, y no debe temerse que se le ocurra tan absurdo pensamiento.

EL FRANCÉS.—Andaos con cuidado, sin embargo; puede querer imitar á John Bull, que está apurado y necesita aumentar sus rentas.

EL CHINO.—La experiencia de los últimos años debe haber probado á

(b) El pueblo anglo-americano.

John Bull que una gran importacion con derechos moderados da el máximo de rendimientos al tesoro, al paso que aumenta el bienestar del pueblo.

EL FRANCÉS.—Me habeis abierto los ojos. Veo que los europeos merecemos la calificación que nos dais. En materia de comercio somos todavía bárbaros, pero la verdad tarde ó temprano triunfa. Algun día nos aprovecharemos de las lecciones de la experiencia y será libre también el comercio entre nosotros.

(Traducido del inglés de Mr. Brown.)

BUENA FE DE LOS PROTECCIONISTAS.

En el número correspondiente de la *Revista Industrial* de Barcelona, leemos lo siguiente:

CONTRADICCIONES DEL LIBRE-CAMBIO.

Es bien sabido que los libre-cambistas para atraer al Gobierno á adoptar su sistema económico, en estos últimos tiempos, solo le piden que decreta la abolición de ciertas prohibiciones, porque, por lo demás convienen que nuestros industriales sean siempre protegidos tanto como sea necesario.

Para demostrar la fé que debe darse á esto, creemos deber poner hoy á la vista de nuestros lectores las siguientes líneas que uno de los jefes de la escuela, Bastiat, ha escrito para exponer lo que aquella pensaba y lo que quería.

«En una crítica, por otra parte muy benévola, que ha publicado el Sr. Vizconde de Romanet, supone que *pido la supresión de las aduanas*. El Sr. de Romanet se engaña. YO PIDO LA SUPRESION DEL RÉGIMEN PROTECTOR.

»No reusamos las tasas al Gobierno, pero quisiéramos, si posible es, disuadir á los gobernados de tasarse los unos á los otros. Napoleon ha dicho: La aduana no debe ser un instrumento fiscal, sino un medio de proteger la industria.—Nosotros defendemos lo contrario y decimos: La aduana no debe ser en las manos de los trabajadores un instrumento de rapiña recíproca.» (*Sofismas económicos*.)

Esto es clarísimo. Vétese la supresión de las prohibiciones existentes, y al día siguiente pedirá el libre-cambio que los derechos de la tarifa adoptada se abajen desde luego y pronto se supriman, pues el punto donde se dirige la escuela, *es la supresión del régimen protector*.

La *Revista Industrial*, para hallar contradicciones en el libre-cambio como ella dice, llama libre-cambistas á todos los que quieren rebajas en los aranceles. Eso prueba que *La Revista*, ó no sabe una jota de las doctrinas que combate, ó es poco escrupulosa en las armas que emplea con tal de alucinar á sus lectores.

El libre-cambio es incompatible con la protección y los que piden rebajas en los aranceles, conviniendo en que se debe dar á los fabricantes *cuan- ta protección necesiten*, no son libre-cambistas.

Pero el libre-cambio no es incompatible con la aduana fiscal, como dice muy bien Bastiat en los párrafos, que tan lastimosamente y mutilándolos, ha traducido *La Revista*. Los libre-cambistas pasan por que se impongan contribuciones sobre el comercio, en beneficio del *Estado*, pero no pasan por los *momios* que la protección concede á sus favorecidos á costa de los demás. Puede haber aduanas sin haber protección.

Rectifique, pues, *La Revista* su juicio y no suponga contradicciones, que solo en su imaginación existen.

Más valdría que se entretuviese en sincerar al sistema protector de los cargos que por sus contradicciones se le han dirigido en todos los países, sin obtener contestación de sus defensores.

VARIEDADES.

La idea del congreso internacional para las reformas aduaneras ha encontrado la mas entusiasta acogida en la prensa de todos los paises. En Inglaterra, en Alemania, en el Piamonte, en Francia los principales periódicos se han ocupado del futuro congreso, escitando á los gobiernos y á los particulares: á aquellos para que se hagan representar en él, á estos para que acudan con sus luces á hacer mas completa la informacion que se trata de llevar á cabo. El *Economista belga* ha empezado ya á publicar la lista de las corporaciones y personas que han enviado su adhesion y que han ofrecido concurrir al congreso. Figuran en esta lista nombres tan ilustres como el general Thompson, individuo de la direccion de la célebre liga inglesa, Lamartine, Ferrara, economista piamontés, Quetelet, director del Observatorio de Bruselas y otros muchos que no citamos.

La comision directora ha invitado á los gobiernos para que envíen al congreso sus representantes. El Gobierno español ha recibido tambien esta invitacion, pero no sabemos todavía si ha resuelto acceder á ella, ó si la dejará dormir en paz. Quiera Dios que no imite á la prensa española, que ha mirado con la mayor indiferencia este acontecimiento de inmensa importancia para la civilizacion, sin dedicarle una línea siquiera. Solo algunos periódicos han publicado el programa que insertamos en EL ECONOMISTA. Es verdad que las convulsiones políticas distraen la atencion de las cuestiones materiales, pero esto no es excusa bastante cuando se dedican las columnas de los periódicos á dar noticias tan indispensables para el progreso de la sociedad española, como la de que el Emperador de la China ha estado ultimamente enfermo, con ciertos detalles curiosos sobre las costumbres de aquel pais cuando enferma el jefe del Estado. Sabiendo esto, poco importa á los españoles que se reúnan todos los sabios del mundo para examinar las reformas que deban hacerse por los gobiernos en el sistema aduanero; reformas que al fin y al cabo no habian de producir otra cosa que la desaparicion de muchos injustos privilegios y el desarrollo de la riqueza pública.

Por decoro de España esperamos sin embargo, que el Gobierno enviará sus delegados; esperamos que no faltarán tampoco algunos hombres notables, que los hay en España por sus conocimientos económicos, que acepten la invitacion que en nombre del congreso se les ha dirigido.

Suplicamos á nuestros colegas que presten su atencion al congreso, comprendiendo su importancia y que nos ayuden para recabar del Gobierno el nombramiento de representantes ilustrados, que dejen en buen lugar á nuestro pais ante la Europa.

La estension con que contestamos al Remitido inserto en este número, nos obliga á suspender por hoy la reseña de las sesiones del Congreso de 1847, cuya conclusion daremos en el próximo número.

SUMARIO.

Subsistencias. Bando del ayuntamiento de Barcelona.—Remitido y contestacion.—Diálogo entre un Francés y un Chino, de Mr. Brown.—Buena fé de los proteccionistas.—Variedades.

MADRID: — 1856.

Imprenta de D. JOSÉ C. DE LA PEÑA, calle de Atocha, núm. 149.